



Año IV.

Barcelona 18 Julio de 1890.

Núm. 162.



Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 a 4 tarde

Precios de suscripción

Barcelona. . . . 1'50 ptas. trimestre
Provincias. . . . 5 " semestre

Números atrasados: 1 real.

LIT. MIRALLES, UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

ARTISTAS EXTRANJERAS



MLLE. L. LABANDIRIÈRE,
Célebre actriz francesa

Ayuntamiento de Madrid



Por muchos que sean los Gobiernos Civiles, Direcciones, Embajadas y Subsecretarías que el Sr. Cánovas tenga á su disposición, eso de contentar con ellas á todas las fracciones políticas que se creen con derecho á entrar á la parte en la distribución del último botín político, viene á ser tan difícil como satisfacer el apetito de cinco mil personas con cinco panes y tres peces.

Por eso el jefe del Gobierno debe de estar calentándose los cascos, devanándose los sesos y quebrándose la cabeza buscando inútilmente una solución satisfactoria á la difícil cuestión del personal.

Y eso que de día en día tendrá más empleos de que disponer.

Porque cada cargo que provee le vale una porción de cargos.

Mejor hubiera sido vender los destinos, como se hacia en los benditos tiempos de nuestros abuelos, ó sacar las prebendas á pública subasta como hicieron los pretorianos con el Imperio.

Cada plaza vacante es una verdadera plaza sitiada por un ejército de candidatos, con más apoyos que una pirámide de Egipto y más padrinos que un duelo de profesión.

Hay, además, altos empleados que no dimiten á tres tirones.

Nuevos Guzmanes que antes de entregar la plaza sacrificarían al hijo y aun el Espíritu Santo.

Y es que «la fuerza del destino» puede mucho; más de lo que creyó el duque de Rivas.

Por supuesto, que si hacen falta destinos (por qué no se crean?)

Direcciones generales hay muy pocas y podían inventarse algunas más.

La Dirección... de los globos, por ejemplo, ¿no nos está haciendo muchísima falta?

De embajadores también andamos muy escasos.

Ni el Preste Juan de las Indias, ni los Reyes Magos, ni la corte... celestial tienen representantes nuestros, y eso es imperdonable.

Los Príncipes del Congo no merecen, por el ruido que hacen, una plenipotencia por lo menos?

Allí podía enviar el Gobierno al pretendiente más pesado.

A ver si los Príncipes del Congo le daban un buen jabón.

Ni en Fomento ni en Gobernación ni en Marina hay subsecretario, y este cargo se impone; sobre todo para el último departamento.

Porque, siendo cosa hecha lo de los sub-marinos, es de rigor un sub-ministro ó sea un sub-secretario.

Dícese que en la próxima crisis, y al objeto de

acabar con las influencias que traen los de abajo y con los compromisos que tienen los de arriba, se repartirán todos los cargos por medio de un bateo general de credenciales.

El más fuerte que se lleve la mejor tajada.

Esto será muy cómodo y muy espartano.

Para conseguir cualquier cosa necesitase ahora tener mucha mano; dentro de poco se necesitará tener mucho puño.

Empléese dicho sistema para proveer toda clase de cargos, desde la Presidencia del Consejo hasta la última plaza de guardia de orden público, y otra será nuestra situación.

Tendremos un Gobierno fuerte.

Una Administración robusta.

Y un ministerio que habrá echado la pierna encima de todos los demás.

Conque ¡ya lo sabe la juventud!: nada de conquistar méritos políticos ni parlamentarios.

Para la ocasión próxima, mucho boxeo, mucha gimnasia y nada más, porque el ser ministro, como el tocar la guitarra,

*no quiere cencia,
sino fuerza en las manos
y perseverancia.*

* *

Apenas dejó Mansi la Dirección de Correos y Telégrafos, notáronse profundos trastornos en la existencia postal, no ya de España, sino de algún otro país de Europa.

¿A qué atribuir, si no, la huelga de carteros que ha visto Londres en los días pasados?

Es decir, Londres no ha debido de verla.

Porque la huelga de unos hombres que se pasan la vida en la calle, tiene que consistir en meterse en casita para que nadie les vea el pelo.

En la Administración de Correos de Londres habrán fijado, durante los últimos acontecimientos, el letrero que vemos aquí puesto en algunas papeletas de defunción:

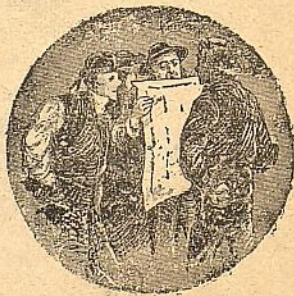
—«No se reparten esquelas.»

Y una huelga de carteros es más grave en Londres que en parte alguna.

Porque aquel pueblo debe su libertad política á una carta precisamente.

A la Carta-Magna.

LUIS ROYO VILLANOVA.





DIALOGO MATRIMONIAL

—Vo me ahogo, Timoteo; este calor me enecora...
¡Cuando llegará la hora de salir de veraneo!
—...Y de ir a San Sebastián, donde hace un año estuvimos y en donde viven tus primos, entre ellos ese Julián de conducta sospechosa, de intenciones poco sanas, á quien tengo muchas ganas de romper alguna cosa.
¿No es eso? Pues ya te he dicho ayer tarde, hablando de esto, que este año no estoy dispuesto á ceder á tu capricho.
—Tu terquedad endiablada acabará por matarme.
¡Yo necesito explayarme!
—Pues date por ex playada... Y si me vienes con grescas yo te quitaré el calor.
—¿De qué modo, embaucador?
—Soltándote cuatro frescas...
¿Quieres verme acalorado por huir de los calores y pasando los sudores

que pasé el año pasado?
Aún recordar me contrista lo que en la Concha sudé: ¡no hallé más frescura que la frescura del fondista!
Merced á ella, que fué mucha, y merced á sus amaños, la temporada de baños terminó con una ducha. Seis pesetas me costó una ración de riñones salteados... ¡Ah, bribones!
¡El salteado fui yo!
¡Dios, qué cuenta! Unicamente aquel día no sudé, porque al verla me quedé helado completamente.
Y no fué en San Sebastián ésta mi única tortura; sufrí, además, la trescura de tu primito Julian.
El y tú, siempre juntitos, por las rocas os largabais mientras á mí me mandábais á buscar caracolutos.
Tú, en tanto que él te seguía dando brinquitos y coles,

me gritabas: «¡caracoles!», y yo: «¡cáscaras!» decía.

De ese pez cuenta la fama que siempre ha sido un soez, y hace tiempo que ese pez me está llenando de escama.

Intútiles son tus tretas; esposa mía, no sueñes; no vamos aunque te empeñes y vendas las papeletas.
—¡Sudo la mar!... ¡Por favor! Yo me tengo que bañar...
—¡Ah! ¿con que sudas la mar? ¡pues báñate en tu sudor! Ciertas cosas no consiento...
¿Quieres ver-aguas, Teresa? ¡pues te vas á la dehesa del ministro de Fomento!

Ya puedes decir á los primitos que no te esperen... Es decir... si es que no quieren mantenernos á los dos.

Si hacen tal, no pondré pero; iremos al punto... ¡Así aunque hagáis burla de mí, no me costará el dinero!...

FERNANDO SEGURA.

COMO EL ASNO

Sin que yo de ella les hable, ya ustedes recordarán la leyenda lamentable del asno de Buridán, que entre dos piensos se vió tan indeciso y perplejo, que de hambriento se murió, en vez de morir de viejo.

Hombres hay que no obedecen á los asnales avisos, y al burro aquel se parecen por perplejos é indecisos, como la historia lo prueba del misero Juan Ontoria, que ya su castigo lleva en ser héroe de esta historia.

Era Juan muy buen muchacho y de buena condición; y aunque siempre tuvo empacho fatal de irresolución,

hasta que el amor cruel le mostró el sabroso fruto, no sufrió el peso de aquel caracter irresoluto.

Vecinas eran de Ontoria (que al lado de ellas creció) Mariquita de la Gloria y María de la O.

Quiso el cielo bendecirlas y favorecerlas tanto, que era una gloria el oirlas y el verlas era un encanto.

Rubia mejor no hizo Dios ni morena que á esta ignale, y eucuento que son las dos *bocatto di cardinale*;

y, si las veis, concededme que en hipérbole no incurro; que están diciendo: «¡Comedme!» como los piensos al burro.

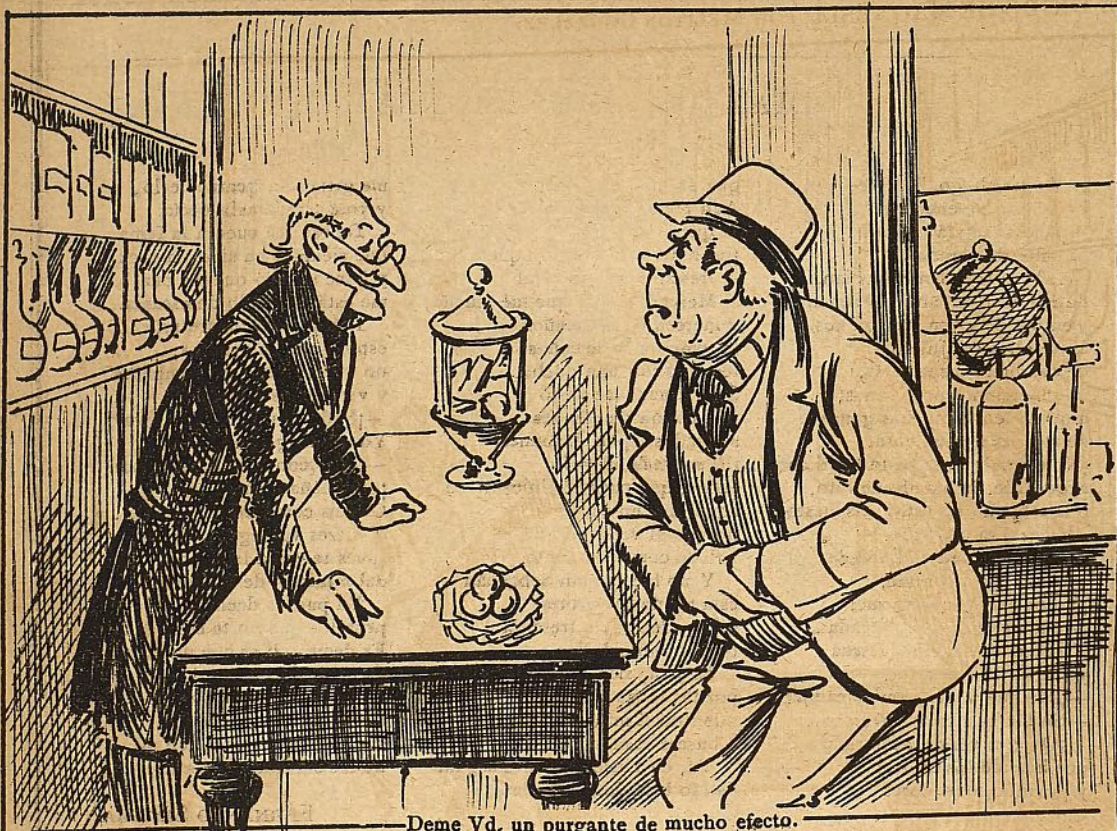
«¡Comedme!» diciendo están, y, aunque parezca mentira, como el asno, el pobre Juan se estaba mira, que mira, viendo, al empezar la danza ó al terminar la verbena, en la rubia su Esperanza y su Gloria en la morena.

Mas no hay miedo que declare ni á una ni á otra sus antojos; las dos, por que más se azare, le miran con buenos ojos; y cuando se vá á acercar á Gloria con sus querellas, piensa en O, para quedar como asno entre dos doncellas.

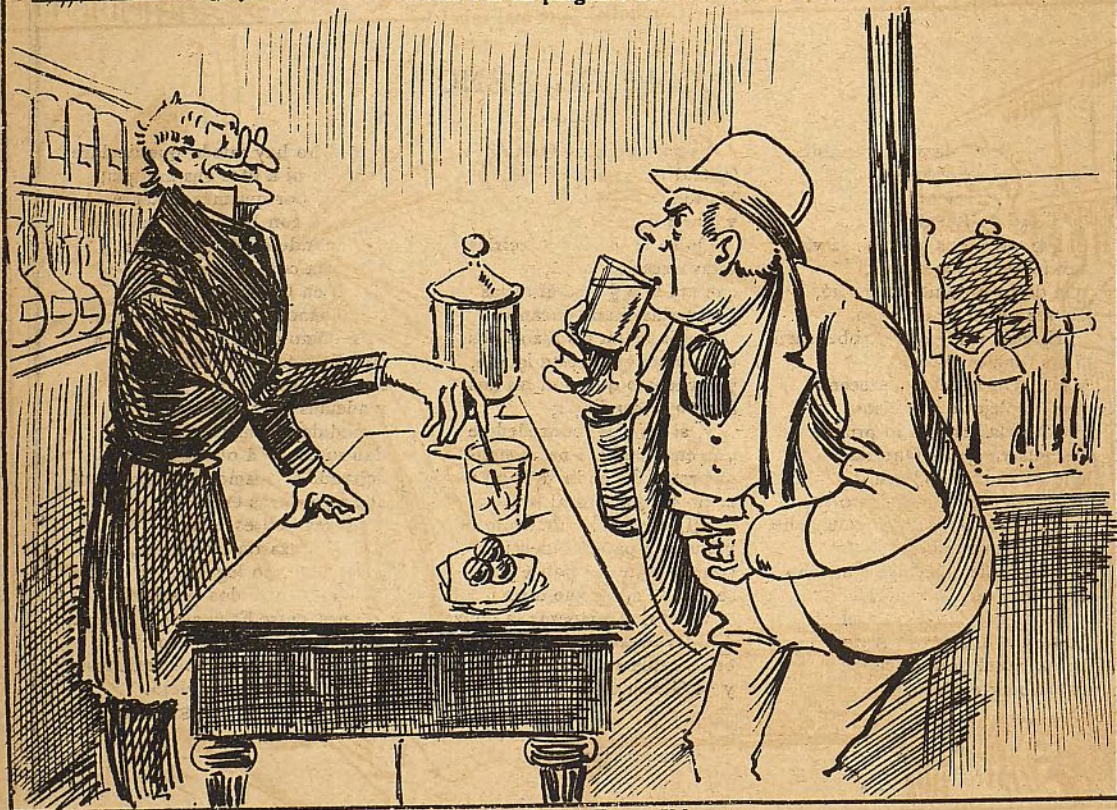
Y como al fin las dos chicas, con justa fama de hermosas, tienen la de ser muy ricas y además muy hacendosas, pedidas en matrimonio, dan su mano á otro galán, echando al mismo demonio sus esperanzas en Juan.

El las liebres levantó y otros cazaron las liebres, y ser trasunto logró del asno entre dos pesebres; pues, entre Esperanza y Gloria, siempre indeciso y perplejo, de hambre de amor muere Ontoria en vez de morir de viejo.

E. BUSTILLO.

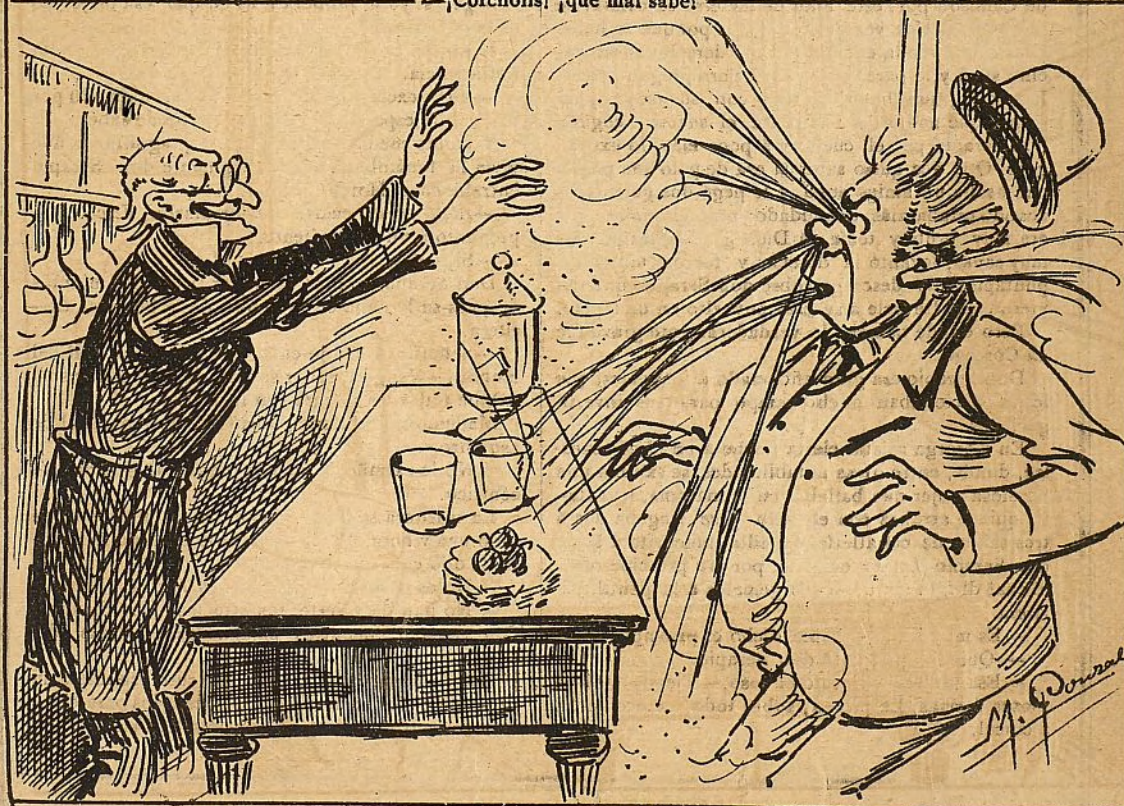
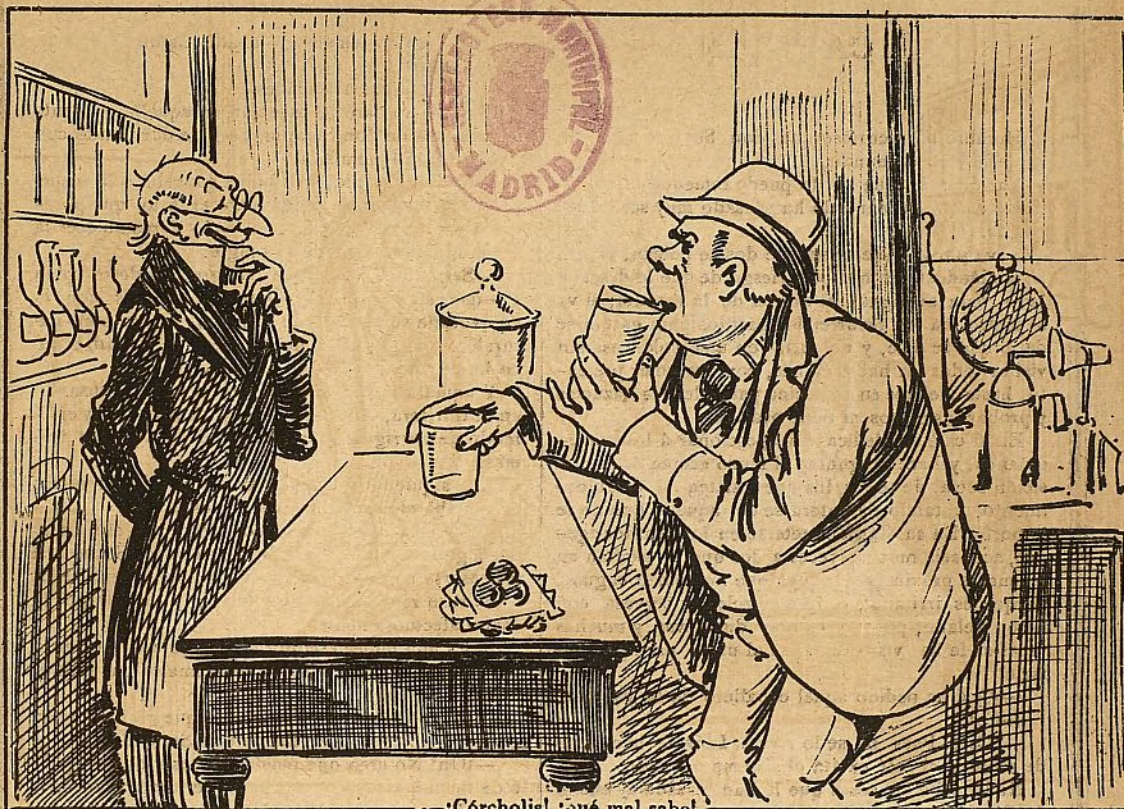


Deme Vd. un purgante de mucho efecto.



--¿De mucho efecto? Tenga V.l. este.

Y ÓXIDO DE MAGNESIA, POR MELITÓN GONZALEZ.



LA CAPITANA

Hombre más curioso que don Serapio Camisón no le hay en el mundo.

Ya dice él que no lo puede remediar, pero lo cierto es que su manía le ha causado muy serios disgustos.

Si va por la calle y ve que dos se pelean, ya está metiéndose en medio, á riesgo de que le descalabren, para averiguar el origen de la disputa; si va al teatro, ha de recorrer los pasillos para enterarse de lo que se dice, y no entra en una sola casa sin visitar todas las habitaciones, con cualquier pretexto, hasta meterse en la cocina para oler las cazuelas y probar los guisos, si tiene ocasión.

En el café se dedica á inspeccionar á los parroquianos, y hace preguntas al mozo acerca de la posición social de todos los que asisten al establecimiento, tratando de enterarse de aquello que no le importa. En su afán de meterse en los asuntos ajenos, aconseja muchas veces á los que se sientan en las mesas próximas á la suya que no tomen cognac, porque es irritante, ó que mezclen la cerveza con limón helado, porque es más digestiva, y muchas veces se le ha visto dirigirse al mozo para preguntarle:

—¿Qué ha pedido aquel caballero de la esquina?
—Café.

—¿Café? Pues no se lo sirvas. Llévale una copa de anisete: el café excita el sistema nervioso.

Nadie sabe las cosas que le han pasado al bueno de Camisón por este afán de meterse en camisa de once varas. Una vez quiso indagar por qué se había puesto una venda encima del ojo derecho cierto vecino suyo y le paró en la calle para preguntárselo. El vecino, que había peleado con su mujer y no quería que nadie le recordara el suceso, cogió á don Serapio por el cuello y á poco más lo estranguló. Otra vez quiso saber si era de palo una pierna que usaba un amigo suyo, y le pegó dos garrotazos cuando estaba más descuidado; pero el amigo, que era muy bruto y tenía, á Dios gracias, las piernas muy sanas, levantó la derecha y fueron tantos los puntapiés que descargó sobre don Serapio, que tuvieron que llevarle á su casa envuelto en un tapete.

Pero donde ocurrió lo verdaderamente grave fué en Córcega.

Don Serapio era gran aficionado á los viajes, que le proporcionaban ancho campo para sus investigaciones.

En Córcega asistió cierta noche á un circo ecuestre, donde, entre otras notabilidades, se exhibía una hermosa mujer que bailaba en la maroma, levantaba quince arrobas con el pelo y se tragaba dos ó tres sables de caballería. La silla inmediata á la de don Serapio estaba ocupada por un príncipe ruso, el cual dirigía sin cesar sus gemelos á la gentil titiritera.

—Es muy linda,—había dicho el príncipe.

—¿Quién?—preguntó don Serapio.

—Esa mujer—contestó el ruso.—Tiene unas hermosas formas. La pierna, sobre todo, parece hecha á cincel.

—Tal vez no sea suya,—añadió Camisón.

—¿Cómo?

—Hay piernas artificiales.

El ruso no paró la atención en aquella prudente advertencia de don Serapio, y seguía devorando con los ojos á la funámbula.

Pero don Serapio, que había concebido la sospecha de que aquellas piernas no eran lo que parecían, se propuso descorrer el velo y restablecer la verdad, aun á costa de su sangre.

—Sería una verdadera desgracia—decía para sí—que este hombre se volviera á su país con la equivocada suposición de que esas piernas son naturales. No, no; yo he de descubrir la verdad, ó poco he de poder.

Y aquella noche la pasó intranquilo, pensando en la titiritera, en el ruso, en las pantorrillas y en el modo de averiguar la autenticidad de aquellas formas.

A la siguiente noche, Camisón volvió al circo; allí estaba el ruso con sus gemelos.

—No hay más,—pensó don Serapio;—ese hombre sigue creyendo que todo eso es carne. Será capaz de casarse con esa mujer... Yo no debo permitirlo.

El ruso reconoció á don Serapio y le alargó la mano afectuosamente.

—Es una mujer escultórica,—dijo un momento después, volviendo á clavar los gemelos en la titiritera.

—¿Tiene usted la seguridad de que no lleva nada postizo?—preguntó de nuevo don Serapio.

—¡Oh! No creo que pueda imitarse con tal perfección lo que es obra exclusiva de la naturaleza.

—¿Y si yo le probara á usted que esa mujer no es lo que parece?

—En ese caso, toda mi admiración se trocaría en indiferencia.

—¿Sí?—exclamó don Serapio, como animado por una súbita esperanza.—Pues yo lo he de saber.

Y dando media vuelta, corrió á preguntar dónde vivía la funámbula. Al día siguiente don Serapio entraba en el Hotel Oriental.

—¿Está en su cuarto mademoiselle Fricolet?—preguntó á un dependiente.

—Sí, señor.

Don Serapio se hizo anunciar y cinco minutos después se hallaba en presencia de la hermosa titiritera.

—Señorita—la dijo eu el tono más natural del mundo.—Vengo á saber si esas piernas que usted exhibe todas las noches son legítimas.

Mademoiselle Fricolet abrió los ojos en señal de asombro.

—No le extrañe á usted la pregunta. Soy un excéntrico.

La titiritera se levantó, como si la hubiera mordido una víbora, é indicando al importuno la puerta, le dijo con acento irritado:

—No es usted un excéntrico; es usted un bestia.

—No han de valerte tus astucias,—iba diciendo don Serapio, mientras bajaba las escaleras del hotel.

Ocho días después, el príncipe ruso escribía á su país, pidiendo los documentos necesarios para celebrar su matrimonio con Mademoiselle Fricolet.

Don Serapio fué á ver al futuro esposo y le dijo:

—Aquellas piernas no son tuyas.

Pero el moscovita hizo un gesto de indiferencia murmurando:

—Lo son, mientras no se me pruebe lo contrario.

Entonces ocurrió una cosa extraña, y fué que don Serapio lanzó un grito y se dirigió como un loco hacia el Hotel Oriental.

Había acudido á su imaginación una idea luminosa: la de sobornar á la doncella de mademoiselle Fricolet para apoderarse de su secreto.

Aquella misma noche, Camisón examinaba, á solas en su cuarto, unas magníficas pantorrillas de *cautchuc* que le había vendido por algunas monedas de oro la doncella de la funámbula. Esta poseía una magnífica colección y no es posible que notara la falta.

—Bien lo decía yo, exclamó don Serapio.— Aquellas piernas eran de guardarropía.

Después, envió los dos falsos miembros en un periódico y se dirigió al Circo.

Allí estaba el ruso, inmóvil como siempre y entorpecido más que nunca. Camisón meditó su plan, y dos horas después seguía á cierta distancia los pasos de mademoiselle Fricolet y el ruso, que se encaminaban al hotel.

Esperó que subieran las escaleras, y cuando supuso que ya habrían tomado asiento en la habitación de la funámbula, llamó con los nudillos á la puerta.

—¿Quién vá?—preguntó mademoiselle Fricolet.

—¿Dan ustedes permiso?—dijo don Serapio.

—Adelante—replicó ella.

Don Serapio se presentó ante los futuros esposos. Sin despegar los labios, desenvolvió el paquete, extrajo de él las consabidas piernas y las arrojó á los pies del moscovita.

Este retrocedió algunos pasos; después dirigiéndose á mademoiselle Fricolet, le dijo:

—Nuestra boda es imposible.

La titiritera lanzó un grito de rabia. Lo había comprendido todo.

—¡Oh! ¡Tú me la pagarás, viejo infame!—gritó lanzándose en persecución de don Serapio.

Pero éste había conseguido tomar la escalera y corriendo sin cesar, llegó á la fonda, cogió su equipaje y diez minutos después abandonaba para siempre la isla de Córcega.

Don Serapio refería esta historia á varios amigos que habían ido á sentarse bajo un árbol del Buen Retiro cierta noche de verano.

—¿Y no ha vuelto usted á saber de la funámbula?—preguntó á don Serapio uno de los allí presentes.

—Jamás—contestó el curioso.—¡Oh! Si no llevo á abandonar la isla de Córcega, el suceso hubiera tenido serias consecuencias. Las corsas son muy vengativas.

Aquella noche se celebraba en el Buen Retiro una función estupenda; concierto, carreras de andarines, fuegos artificiales y ascensión de la capitana Zoa en el globo *Filadelfia*.

—Vaya,—dijo uno de los amigos de don Serapio

—acerquémonos al corro para ver como se infla el *Montgolfier*.

Don Serapio, que seguía siendo tan curioso como de costumbre, aceptó la proposición de buen grado, y corrió á colocarse en el sitio más próximo á la barquilla, que acababan de colocar en el suelo dos dependientes de la empresa.

Llegó un franchute vestido de marinero, y se puso á inspeccionar las cuerdas que debían unir á la barquilla con el globo; después examinó el trapezio que pendía de la barquilla; dió algunas instrucciones á los que avivaban el fuego; ató unos cordones, desató otros; examinó con esmero todos los utensilios necesarios para la ascensión y dijo por último con acento marcadamente francés:

—Música.

La orquesta, colocada en el kiosco, comenzó á tocar una galop.

En aquel momento, don Serapio, dominado por su eterna curiosidad, había penetrado en la barquilla en menos tiempo del que se necesita para referirlo, y examinaba con toda atención las cuerdas y los anillos de hierro, como si de este examen dependiese el éxito de la ascensión.

El público no veía á don Serapio, porque acababa de aparecer la areonauta y todas las miradas se habían fijado en su gallarda figura. Saludó con un gracioso gesto; y rápida como una silfide viajera, se agarró al trapezio, á tiempo que don Serapio andaba por el fondo de la barquilla para enterarse de cómo estaba forrada.

Zoa dió un grito que era la señal de partida; soltáronse las amarras; el globo se columpió durante algunos segundos y después, con rapidez vertiginosa, huyó hacia el espacio.

Entonces fué cuando don Serapio conoció toda la gravedad de su situación. Quiso abandonar la barquilla, pero ya el *Montgolfier* se había elevado á respetable altura y el pobre Camisón se dejó caer en el fondo de aquel extraño vehículo murmurando:

—¡Dios mío! ¿Quién me ha mandado á mí remontarme á estas alturas?

La capitana, después de hacer varias planchas en el trapezio, se agarró á la cuerda y subió á la barquilla; pero antes de dejarse caer en el fondo, lanzó un grito de sorpresa y de rabia.

Acababa de reconocer en don Serapio al verdugo de su dicha.

Porque la capitana era mademoiselle Fricolet.

—¡Ya estoy vengada!—gritó con acento terrible.

Y se lanzó como una leona sobre el aterrado Camisón.

LUIS TABOADA.

✱

EPIGRAMA

Desde Málaga insultó
Luis Dilatado á Juan Luengo,
y este furioso gritó;
«¡Pues ahora voy y me vengo!»
Y en efecto, fué y volvió.

FELIX MENDEZ.

15 CÉNTIMOS

LA SEMANA CÓMICA

15 CÉNTIMOS

GALERÍA ARTÍSTICA, POR ESCALER.



EL NACIMIENTO DE LA PERLA
(cuadro de A. Maignan, expuesto en el Salón de París.)

Ayuntamiento de Madrid

PALABRAS DE MUJERES

I.

Presa de pasión rabiosa,
seguí un día á Baldomera,
una chica muy hermosa
de cutis color de cera
y labios color de rosa.

Apreté, tras de ella, el paso,
y aunque huyó ligera, acaso
temerosa de un exceso,
puesto ya á tiro de beso
la dije... lo que hace al caso.

En vez de mostrar tibieza
á tanta dulce terneza,
volvió la faz agraciada
y me miró colorada
lo mismo que una cereza.

V en tanto que, hecho un vol-
la pintaba yo mi afán, [cán,
pués fácilmente me abraso,
sin miedo ya de un desmán,

iba ella acortando el paso.

Llegó, por fin, á su casa
con el rostro hecho una brasa;
se detuvo, me sonrió;
quise entrar, dijo que no;
insistí y tras lucha escasa,
cedió á medias á mi anhelo,
pues blanda á mi dulce queja
y sin temor ni recelo,
salió á la reja... ¡una reja
que me pareció del cielo!

II.

—«Si me amas, me dijo un día,
llévame á la vicaría
de ese amor en testimonio,
y colme ya el matrimonio,
el bien que mi pecho ansía.»

No me gustó, lo confieso,
en medio de mi embeleso,
tan inesperada idea

por lo inoportuna... ¡y eso
que la chica no era fea!

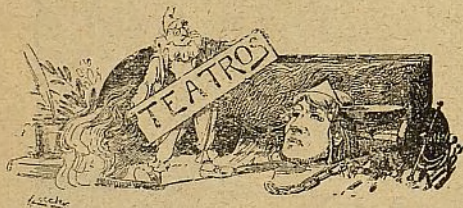
—«Yo te creí más... constante
—exclamé con voz quejosa—
si me quieres, delirante,
¡por qué pretender, de amante
convertirte ya en esposa?

—«Es tanto lo que te quiero,
—dijo al notar mi desvío,—
y es mi amor tan verdadero,
aunque dudes de ello, impio,
que si me olvidas... ¡me muero!»

III.

La olvidé, pues me ponía
lo que se llama en un potro
eso de la vicaría...
¡y ¡ay! la pobre, el mismo día,
ya estaba muerta... por otro!

CASIMIRO PRIETO.



EL PRIMER CHOQUE

Comedia en tres actos, de D. A. SANCHEZ PEREZ

Algo tarde viene este artículo á hablar de *El primer choque*. Ya el público lo ha aplaudido y saboreado, y la prensa, en conformidad con el fallo del público, le ha celebrado como se merecía. Sea, sin embargo, justificación de que se hable aquí de esta comedia, el gratisimo deber que LA SEMANA tiene, de unir sus aplausos á los de la prensa y el público y de felicitar de todo corazón á su amigo y colaborador D. Antonio Sánchez Pérez.

La obra, sin estar exenta de defectos, tiene cualidades de primer orden; así, de primer orden, sin exageración ninguna; y la que entre estas cualidades sobresale es, para nosotros, la del diálogo que, suelto, desembarazado casi siempre de frases hechas, con las incongruencias de la conversación familiar, castizo y apartado de esa especie de estilo epistolar que usan los autores cómicos de segunda fila, hay momentos en que logra la perfecta semejanza con el natural. La trama está, además, llevada con mucho ingenio, los personajes, sobre todo el escolar, la hermana y sus padres, son verdaderos caracteres de *alta comedia*, no vigorosos ni enérgicos, pero sentidos bien y bien delineados. ¡Qué lástima

que uno de los personajes, que no recuerdo como se llama en la obra, pero a quien nosotros llamaremos Mario, ande por ahí buscando á la hija de un compañero suyo de armas! ¡Está tan pasado de moda esto de buscar hijas en el teatro!... Y lo que es peor, la encuentra (y aquí viene la *anagnórisis*, que diría D. Hermógenes) y el colegial puede así casarse con ella, porque es rica y de buena familia, y no una *costurera vulgaris* de Linneo como antes. ¡Qué lástima! Nosotros no creemos que el Sr. Sánchez Pérez tenga fe decidida en este matrimonio; creemos, por el contrario, que ha sido esta una concesión hecha por el autor á las familias honradas que al salir del teatro van á tomar chocolate en celebración de aquella boda. Para nosotros, ni aquella Carolina había de ser hija de nadie, —es decir, de nadie no: hija de alguien había de ser, pero no precisamente de aquel militar compañero de Mario, —ni debía casarse con Juanito. La experiencia de la vida es contraria á este desenlace.

Lo que es también muy de alabar en esta obra es el conjunto, el tono general, las emociones que despierta. Tranquila, sin oscilaciones violentas, sin manifestaciones extremosas de sentimientos, y sin carecer por esto de sentimiento, tiende á establecer en nuestra alma la clásica *Sophrosyne*, que ahora ya saben todos los canovistas lo que quiere decir, desde que se lo explicó D. Marcelino en la Biblioteca de autores conservadores, digo, castellanos.

En resumen: la comedia es una de las mejores que de bastante tiempo á esta parte se ha estrenado en nuestros teatros y proporciona un agradableísimo rato al espectador.

LA SEMANA siente, pues, una verdadera satisfacción y cumple á la vez con un deber de justicia y de amistad, al felicitar á D. Antonio Sánchez Pérez por el merecidísimo triunfo que acaba de obtener.

Ha sido éste el primer éxito *'verdad'* de la temporada.

ANTONIO L. RUIZ

N. B. (dirijida á los actores).—¿Por qué no dejan ustedes el palito al entrar en el domicilio ajeno? ¡Mire Vd. que usar bastón para andar por casa!..



¡QUE CALOR!

Sepan ustedes, señores, que este calor me dá horror; éste no es sólo un calor; ¡son lo menos tres calores!

Me tiene el tiempo intranquilo y mata mis energías, pues desde hace quince días no como y sudo hasta el quilo.

El sudar tanto me escama, que ni á pasear me atrevo, y en vez de pañuelos, llevo las sábanas de la cama.

El agua en mi frente brota como impetuosa corriente, y es mi frente, en vez de frente, manantial que no se agota.

Si sigo de esta esta manera, para poder refrescarme necesito ir á bañarme á un puerto de mar cualquiera.

O quizás me pueda ahorrar el marcharme á Santander si no ceso de sudar... ¡porque va á llegar á ser mi casa puerto de mar!

J. RODAO.

TIPOS CALLEJEROS.

(APUNTES PARA EL FOLK-LORE.)

PERSONAJES: dos «GURIPAS», que hablan poco y con sofama; el chulo PACO JINDAMA y el andaluz MALASTRIPAS.

Epoca: el mes actual.
La escena, junto á un farol que hay en la Puerta del Sol cerca del café Imperial.

MAL.— Bien sabes tú que chanelo y me traigo alguna cosa.

JIND.— ¿Has visto á la Trapajosa?

MAL.— ¡Mía que no! Si la camelo con más fatiga...

GURS 1º y 2º.— ¡Tíe gracia!

JIND.— ¿Y ella aceta mayormente?

MAL.— Ella... me dijo *indecente*; y no hubo allí una desgracia...

JIND.— ¿Estaba el otro?

MAL.— En la esquina.

JIND.— ¿Y tú?

MAL.— Pues lo diqué, y ar momento me emparmé, y se armó la rebujina. Como estaba hecho una fragua, fui y lo llomé, y se acercó: y «¡arda el agua!» dije yo, y él dijo: «¡pues arda el agua!»

Y... ¡pin! ¡pan! ¡pun!... cáa crujío que temblaba er Pare Santo. Y si no tira aquer canto que me dejó sin sentio...

JIND.— Tú tíes que aprender de mí.

Hay que no ser ningún lila; y tener mucha pupila, y mucho de aquí, y de aquí.

(Señalando sucesivamente á la cabeza y al corazón.)

GUR. 1º.— ¡Digo!

GUR. 2º.— ¡Vaya!

JIND.—

¡Vamos, hombre!...

(Fijándose en alguien que se acerca.)

¡No es aquel... (Huye.)

MAL.— (Huyendo.)

Aguenta el mirlo...

A ese le pinto yo un chirlo, ó de esta pierdo mi nombre.

(Los dos Guripas huyen tambien precipitadamente.)

Por esta conversaci3n, según mi humilde sentir, se puede reconstruir una civilizaci3n.

UN FOLKLORISTA.

Por la copia:

JOSÉ TORRES REINA.

LA SOLUCION N DE LA CRISIS, POR PONS.



—¿Con que por fin subió D. Antonio, eh?
—No, hombre, no seas celoso. Te juro que hoy no ha subido.

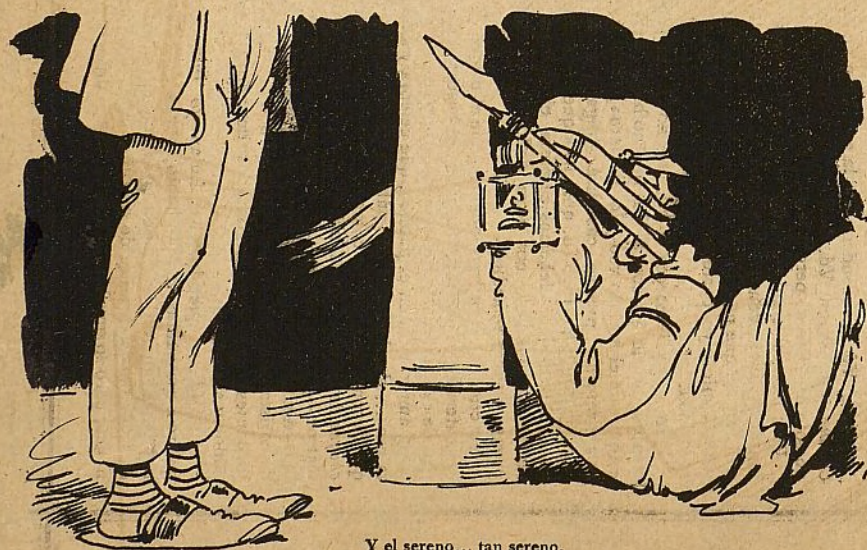
EL PRIMER RETOÑO, POR MECACHIS.
(Continuación.)



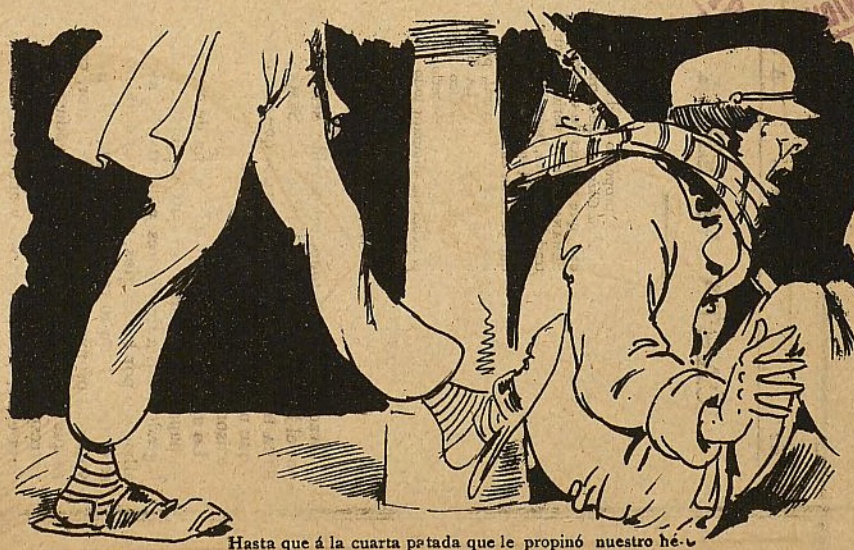
que estaba dormitando tranquilamente en el uso de sus funciones.



y le dió un empuellón, para que despertara.



Y el sereno... tan sereno.



Hasta que á la cuarta patada que le propinó nuestro héroe, en no recuerdo qué sitio, respondió, con el acento más natural del mundo:—¡Vá!
(Se continuará.)

CARTA ABIERTA

«Y á propósito (del nuevo periódico *El Chisme*): me extraña de verdad, que mi querido compañero LA SEMANA COMICA, periódico tan ilustrado y sensato, pase sin protesta la aparición del intruso. Por lo mismo que ya decía en el número anterior: no sólo ataca á la moral, pero á la propia literatura. Y LA SEMANA, que es un buen periódico literario, me apresuro á reconocerlo, está en el deber de combatir todo lo que á la literatura ofenda.»

(*Barcelona Comica*. — Director: D. J. Fernandez Luján)

Gracias mil, ante todo, mi querido señor Luján, por el benévolo concepto que de LA SEMANA COMICA tiene Vd. formado; concepto que agradezco... y que no rechazo, ni aun habiendo en cuenta lo que de lisonjero tiene.

Lo agradezco porque, padre al fin de este pedazo de papel á quien quiero como se quiere á un hijo logrado á costa de sudores y de afanes, me siento alagado por los elogios, merecidos ó no, que á él se dirijan. Y no lo rechazo, porque, relegado por voluntad propia al oscuro papel de editor, considero que á los escritores que en el periódico colaboran corresponde por entero el mérito de los elogios. Para ellos, pues, reclamo y acepto el honor de la alabanza.

Quiere Vd. que condene yo la aparición de *El Chisme*, que, según Vd. dice—y dice bien—ataca no sólo á la moral, pero á la propia literatura.

Pues bien, si; condenémosla juntos; protestemos, juntos también, contra esa literatura pornográfica y asquerosa que nos invade y nos ahoga. Usted me invita á ello y yo correspondo gustoso á la honrosa invitación.

Pero... ¿no le parece á Vd. que no es eso suficiente? ¿No le parece á Vd. que no basta decir: «Aquí está el mal: lo veo y lo declaro», sino que es conveniente, preciso, casi diré obligatorio, hacer algo más? ¿No cree Vd. que, más que en lamentar la enfermedad, debemos emplear el tiempo y las fuerzas que Dios nos haya dado en buscarle pronto y eficaz remedio?

Yo creo que sí; y creo, además, que el origen de esa enfermedad no está donde Vd. lo busca: el origen de esa enfermedad está en el público.

Si, amigo mío: en el público, que celebra y aliena esos... *desahogos*; en ese público incomprensible, que después de aplaudir como se merece *El primer choque* de Sanchez Perez, por ejemplo, acude á otros teatros—y no quiero señalar, porque dicen que está feo—á admirar las formas más ó menos plásticas de coristas y bailarinas y á solazarse con los meneos incitantes y gestos desvergonzados de actrices sin pudor y sin talento.

Mire Vd, mi querido señor Luján: yo respeto y quiero á ese público de que hablo; por él, por sus bondades, guardo yo aquí en un rincón del pecho una deuda inmensa de gratitud que no pagaré nunca; pero lo que brilla, brilla, como dijo el au-

tor de *La lira rota*, y la verdad, que al fin y á la postre brilla siempre, es esa.

¡Ay, amigo de mi alma! yo soy editor; edito lo mejor que sé esta hoja de mis entretelas que se llama LA SEMANA COMICA; y como editor, claro está que lo que deseo es tirar y vender honradamente el mayor número posible de ejemplares del periódico.

Pues bien, amigo mío; crea Vd. que más de una vez he estado tentado á poner en los periódicos un sueltcito, ó cosa así, que dijera:

«Como director—«aunque indigno»—que soy de LA SEMANA COMICA, suplico á las personas decentes que no compren ni lean el próximo número de mi publicación. Las procacidades y desvergüenzas que en él pienso publicar no merecen el honor de ser leídas por quien de digno y de ilustrado se precie.»

¿Apuesta Vd. algo, amigo mío, apuesta Vd. algo á que de ese número se venderían el doble ó el triple de ejemplares que de los demás? Vamos ¿qué apuesta Vd?

Nada; no apueste Vd. nada, porque perdería.

Esto es decir que hoy se necesita abnegación para ser *periodista decente*; que tanta ó mas culpa—más, en mi concepto—que el periodista que escribe *alegrías* y desvergüenzas, tiene el público que se las celebra y se las ¡aga, y que no ya debe buscarse el remedio del mal en atajar el curso de ese torrente de inmoralidad que nos invade, sino en cegar el manantial de donde brota; y el manantial en este caso es el depravado gusto del público.

¿Qué adelantaría Vd., qué adelantaría yo, que adelantaría nadie con atacar, y aun con matar, á *El Chisme*, pongo por papelucho, si mañana cuando haya Vd. logrado hacerle desaparecer, se levantará otro, tanto ó más *verdecito* que él, á proseguir la comenzada tarea?

Usted mismo ¿no conserva en el *Barcelona Comica* la tradición inaugurada por su antecesor, de publicar retratos de mujeres guapas y sólo de mujeres guapas? ¿por qué lo hace Vd.? Pues porque Vd., que es un joven de talento y escritor de porvenir seguro y lisonjero, es, al fin y al cabo, editor. Y como editor, da Vd. al público lo que el público pide: *carne de mujer*. Esto es duro, es descarado, si Vd. quiere, pero es cierto.

¿Qué más? Usted, como yo y como todos los *del oficio*, sabe que en Madrid, centro y emporio de la cultura literaria, hay una porción de escritores de renombre, hombres de clarísimo y celebrado entendimiento, cuyas firmas son honra de las publicaciones en que colaboran; los cuales con diferentes pseudónimos se dedican ¡hortelanos del vicio! á cultivar esa clase de plantas *verdes* del jardín de la literatura.

¿Y esto no le dice á Vd. nada? A mí sí; á mí me dice que cuando ellos, los autores de mérito, que saben *hacer* literatura sana y honrada, se dedican á esta que yo llamo *literatura de mancebía*, será porque encuentran en ella el provecho y la utilidad que la otra no les proporciona.

Refiriéndonos al caso concreto de *El Chisme*. A lo mejor resultará que el editor de ese papel es una persona decente, un pobre señor cargado de hijos

y de obligaciones. Perseguido por el casero, y apremiado por el sastre, y empujado por el zapatero, él se habrá dicho: «¿Qué voy yo á hacer? Pues... lo que hacen ahora hasta los niños de teta: fundar un periódico. Y ¿qué clase de periódicos tienen hoy salida? Pues los pornográficos.» Y el hombre, que si á mano viene será una bellísima persona y un honrado padre de familia, aun cuando por las trazas no lo parezca, ha ido y ha fundado.... *eso*

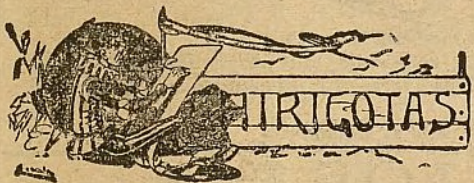
Desengañese Vd., Sr. Luján: mientras el árbol exista, será inútil que intentemos exterminar la fruta; á fuerza de palos ó de pedradas ó de dar sacudidas al tronco, podremos hacer que caigan una, dos, tres, si Vd. quiere; pero caídas aquellas, brotarán otros retoños, y de ellos nuevos frutos tan perniciosos ó más que los anteriores.

No nos andemos, pues, por las ramas... ¡A la raíz, á la raíz, que de allí viene el mal!

¿Dónde está la raíz?

Suyo, humilde y devotísimo compañero y amigo
q. s. m. b.

J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA



Unico encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.

Hemos recibido el primer n.º de *La Comedia Humana*.

Le devolvemos cariñosamente el saludo que á la prensa dirige.

Y dice la citada *Comedia*:

«Eso de *báculus virgula*...»

¡Báculus!

¡Ah vamos! Una errata.

Y más adelante:

«No puedo remediarlo. Cuando veo una *orison-tal*...»

¡Ombre! ¡Otra errata!

Pocas páginas después:

«No he podido explicarme todavía porque...»

No *porque*: por *qué*. Otra errata.

«No he podido explicarme todavía *porque* aquí nado perfectamente y en el agua me *undo*.»

¡Handa!

Colega, colega: ¿no le parece á Vd. que son esas demasiadas erratas?

Y sigue *La Comedia* (ahora habla en quintillas):

«¡Solo el pensarlo me aterra!

que á Ferrán ¡pobre de mí!

se le ocurra ¡suerte negia!...»

¡Basta!

Yo no sé —porque no he podido acabar de leer la composición— lo que se le ocurrirá á Ferrán.

Pero de seguro que no será aconsonantar á *aterra* con *suegra*.

Porque eso no se le ocurre ni al que asó la manteca.

Otra... y basta.

«Otro anuncio curioso, tomado del mismo diario (se refiere á *El Imparcial*):

«Desea colocarse una joven en casa de una familia que marche este verano á San Sebastian.»

«Esta piensa hacer fortuna en el Sardinero y «busca el medio más cómodo y económico de hacer «el viaje.»

¡Quiá, no señor: no busca eso!

Porque la joven sabrá, sin duda... lo que, por lo visto, Vd. no sabe.

Que el Sardinero, playa de baños, no está en San Sebastian, sino en Santander.

Y *prou*.

El gran casino de Infiesto, al que asiste Leonor, ha dado un baile en su honor. ¡Bonito se lo habrán puesto!

El martes quedó firmado el contrato entre la nueva Empresa del Teatro Principal y el empresario de la compañía italiana de la insigne artista Eleonora Duse.

En virtud de este contrato dará una série de representaciones durante el mes de Septiembre en el referido coliseo la eminente actriz, con su compañía.

Un aplauso sincero á la empresa.

Y una no menos sincera felicitación al público, que podrá admirar y aplaudir de nuevo á la insigne artista.

Y á propósito de artistas.

Dice *El Toreo de Barcelona*, (sin duda hablando en broma):

«El artista—que artistas y muy artistas son los »toreros...»

Vamos, lo dicho, usted habla en broma.

¡Artistas los toreros!

Se nota, se nota que el colega maneja la sátira admirablemente...

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro 9, (pasaje)

EN LA RAMBLA, POR PONS.



—Dispense Vd.: soy forastero y... ¿querría Vd. decirme dónde está la Rambla?
 —Sí, señor: primero toma Vd. por esta calle de la derecha, calle abajo; luego, cuando llega al final, tuerce Vd. á la izquierda. Pasa Vd. una calle; vuelve á torcer á la izquierda, toma calle arriba...
 —¿Y entonces?
 —Entonces sale Vd. á este mismo sitio en que estamos. Y aquí es la Rambla.

ANUNCIOS

CORRESPONSAL
EXCLUSIVAMENTE ENCARGADO DE LA VENTA Y EXPENDICIÓN
DE

La Semana Cómica

EN MADRID: D. JULIAN RODRIGUEZ
Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL
exclusivamente encargado de la venta
DE

LA SEMANA CÓMICA

EN VALENCIA
D. JULIAN PERIS MENCHETA
Calle de Entenza, núm. 40

CORRESPONSAL
DE
♦♦ LA SEMANA CÓMICA ♦♦
EN LA REPÚBLICA DE MÉXICO
D. RAFAEL B. ORTEGA
Primera de Santo Domingo, número 12.—MÉXICO.

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA
EN GUATEMALA
D. Antonio Partegás
Librería y Centro de Suscripciones.—GUATEMALA

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA
EN LA REPÚBLICA DE VENEZUELA
D. Antonio S. de Bethencourt
Calle del Sur, núm. 4. CARACAS

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA
DE LA **SEMANA CÓMICA**

en París, Madame Schneider
Kiosco 50.—BOULEVARD MONTMARTRE
AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

DE
LA SEMANA CÓMICA
EN PARIS, Madame Lemaitre
Kiosco 34.—Boulevard des Italiens

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA
EN LA ISLA DE CUBA
Señora Viuda de Pozo é Hijo
Galería Literaria
Calle del Obispo, 55.—Librería
HABANA

LA SEMANA CÓMICA
PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.
Colaboran en él los mejores literatos y los mas
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas.
Fuera.		2'50 "

REDACCION Y ADMINISTRACION
Vertrallans, 3, 1.º.—Barcelona

Despacho todos los días laborables de 2 á 4 tarde